

*Artículo de ALBERTO MAGGI publicado en la revista Rocca año 62 n° 4 (15/02/2003), p. 55.*

*Traducción de Antonio Paneque.*

**JESUS HEBREO**  
**(POR PARTE DE MADRE)**  
**Introducción**  
**A LA CAPTURA DE JESUS\_**



—

Muchos lo han intentado.

Algunos han estado cerca de conseguirlo.

Sin embargo, nadie ha podido apropiarse de Jesús.

El primero en intentarlo fue Herodes. A decir verdad, el rey no deseaba adueñarse de él, sino más bien eliminarlo. Burlado por los magos de oriente, Herodes falló en su intento.

La misma familia de Jesús hizo por “capturar” a su pariente, pues les parecía que había perdido la cabeza. Pero sus planes se fueron al traste al encontrar a Jesús bien protegido por una muchedumbre.

Tampoco los sumos sacerdotes ni los fariseos tuvieron éxito en su intento de capturarlo. Los guardias enviados para arrestar al Galileo regresaron con las manos vacías y se justificaban diciendo, "Nunca nadie ha hablado así" (Jn 7,46).

Solo cuando Jesús decidió entregarse a sus enemigos, éstos finalmente lo pudieron apresar y asesinar, pero nunca se adueñaron de él. Jesús pasó a través de la muerte de cruz y siguió colaborando con sus discípulos en la realización del reino de Dios: "Ellos entonces partieron y anunciaron el Evangelio por doquier, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban" (Mc 16,20).

Si tan solo Jesús hubiese aceptado alguna de las numerosas propuestas de cuantos lo querían agregar a sus filas, ciertamente habría podido evitar la muerte.

Un hombre como Jesús, con el halo fascinante que ejercía sobre las muchedumbres, era codiciado por todos los partidos y grupos religiosos de la época. Incluso el diablo estaba dispuesto a prestarle su apoyo, con tal que hubiese aceptado la “pequeña cláusula” de la

adoración del poder.

En muchas ocasiones los fariseos hicieron lo posible por ganárselo y conducirlo hacia sus filas, pero siempre fracasaron. En el fondo, el deseo de los fariseos y el de Jesús era idéntico: la realización del reino de Dios.

Los métodos para llevarlo a cabo eran distintos.

Para los fariseos se trataba de observar la Ley hasta en sus mínimos detalles, separándose así del resto del pueblo. Para Jesús, el reino de Dios es ya una realidad dondequiera que el amor se hace servicio.

Los fariseos llegaron a organizar incluso almuerzos de trabajo para convencer al rabbi Galileo de la bondad de sus propósitos, pero Jesús hizo trizas todas las comidas a las que fue invitado, dejando a los comensales furibundos con la comida atragantada.

De igual modo, los escribas y saduceos intentaron apropiarse de él, llegando hasta el punto de declararse dispuestos a darle su adhesión, siempre que Jesús hubiese apoyado sus deseos de legitimar la imagen de un Dios potente ("Maestro, ¿queremos ver una señal hecha por ti!", Mt 12,38).

### ***El Cristo sedativo***

El intento de adueñarse de Jesús ha continuado a lo largo de la historia. En diversos momentos, de hecho, diferentes movimientos, grupos e ideologías han pretendido hacer de Cristo el abanderado de sus programas y doctrinas. Así, en tiempos de monarquía Jesús fue coronado rey (Cristo rey); en un mundo clerical Jesús era el sacerdote por excelencia (Cristo sacerdote), después, con el socialismo Jesús perdió el trono y la sotana y se le vistió con mono de obrero (Cristo obrero).

Más recientemente, Jesús ha sido identificado como uno que cuestiona el sistema, digamos un Che Guevara (Cristo revolucionario). Para la new age Jesús es el antidepresivo contra el estrés de la vida (Cristo tranquilizante o sedativo).

En la actualidad se asiste a una maniobra, por parte de algunos movimientos no solo católicos, de apropiarse de Jesús a través de su re-judaización (Cristo Hebreo). No se trata de la ubicación –justa y necesaria- de Jesús en el contexto cultural en el que vivió y obró, sino de un intento de redimensionar la novedad constituida por la persona de Cristo.

Para algunos, de hecho, Jesús no fue más que un rabbi, o como mucho, un reformador religioso, que se mantuvo siempre dentro del respeto a la tradición, y que fue incomprendido por sus contemporáneos.

Para otros, Jesús era un observador escrupuloso de la legislación mosaica, hasta el punto de asociarlo con uno de los muchos grupos fariseos del tiempo. Vestía como las

personas pías de su época, frecuentaba asiduamente y con devoción las sinagogas y el Templo, oraba con los salmos y regulaba su vida según los mandamientos de Dios. ¿Su muerte? Un lamentable incidente, cosas que pasan.

Para los promotores de la re-judaización de Jesús, tampoco su mensaje es original, pues no presenta ninguna novedad que no hubiera sido formulada ya en la Biblia o en la literatura rabínica del tiempo. No existe ninguna enseñanza, ni siquiera una palabra de Jesús, que no encuentre su origen en la Sagrada Escritura, en el Talmud o en un dicho de algún rabino. Fue más tarde Pablo quien se distanció decisivamente del mundo judío al crear la nueva doctrina que se vino a llamar cristianismo.

Como todos los otros intentos de apropiación de Jesús, también la re-judaización de Cristo supone una visión parcial y desviada de la figura del Señor, con el agravante, además, de que vacía completamente de significado su vida y su enseñanza.

Jesús no fue ni un judío pío ni un reformador venido para purificar la religión o el Templo.

Jesús vino para eliminar el Templo y la religión.

Jesús no es tampoco un profeta enviado por Dios.

Jesús es el Hombre-Dios, manifestación visible del Dios invisible, el único que podía cambiar la relación entre los hombres y el Padre.

Fue, de hecho, a través de su vinculación íntima con el Padre –no con “los padres”– como Jesús pudo distanciarse del mundo cultural judío, en cuyo seno había crecido y había sido educado, y pudo dar inicio a un cambio radical e irreversible no solo de la historia, sino de todo fenómeno religioso.

Los escribas y los fariseos habían visto bien: Jesús era un peligro público que era necesario eliminar en seguida, antes de que su mensaje se divulgase entre la gente (“Si le dejamos que siga así, todos creerán en él”, Jn 11,48).

Jesús se propuso hacer –y lo consiguió– aquello que a ningún profeta o reformador religioso le había sido posible.

Los profetas y reformadores son individuos carismáticos capaces de dilatar al máximo grado su experiencia del mundo de lo sagrado y capaces de expresarla con modalidades nuevas. Al inicio, sus formulaciones serán rechazadas hostilmente y perseguidas, pero después, con el paso del tiempo, llegan a ser aceptadas y asimiladas, e incluso impuestas.

Jesús fue más allá. Él no se movió dentro del ámbito de lo sagrado. Salió fuera del mismo.

Cristo no solo ignoró en su vida y en su enseñanza todo aquello que era considerado

sagrado, sino que lo desenraizó, sacando a la luz la podredumbre de sus raíces.

Para Jesús la religión no permitía la comunión con Dios, es más, la impedía. Era en realidad la institución religiosa quien, en vez de favorecerla, obstaculizaba la relación con Dios.

Este fue el delito de Jesús. Su crimen no fue otro que haber abierto los ojos a la gente, haber mostrado el “rey desnudo” de ese engaño llamado religión.

Y por eso fue asesinado.

A Jesús lo mató la institución religiosa judía con el pleno consentimiento de los romanos, porque el sumo sacerdote y el procurador comprendieron que Jesús, destruyendo las bases sagradas sobre las que se sustentaba la sociedad, podía llevar a la ruina el mundo que ellos gobernaban.

Es éste el Cristo que los evangelistas presentan y que trataremos de conocer a través de la lectura de Mateo, el evangelio que con tonos más nítidos deja entrever la mentalidad judía.

Escrito por un escriba para una comunidad de judíos que ha reconocido en Jesús al Mesías esperado, este evangelio nos ayudará a redescubrir la novedad de Jesús, la buena noticia válida para todos los tiempos y tanto más necesaria hoy.